



Rodríguez, Pablo Esteban

Diego Parente, del órgano al artefacto. Acerca de la dimensión biocultural de la técnica, La Plata, editorial de la Universidad de La Plata, 2010, 264 páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Rodríguez, P.E. (2011) Diego Parente, del órgano al artefacto. Acerca de la dimensión biocultural de la técnica, La Plata, editorial de la Universidad de La Plata, 2010, 264 páginas. Redes, 17(33), 123-131. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/357>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

DIEGO PARENTE, DEL ÓRGANO AL ARTEFACTO. ACERCA DE LA DIMENSIÓN BIOCULTURAL DE LA TÉCNICA, LA PLATA, EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA, 2010, 264 PÁGINAS

Pablo Esteban Rodríguez^[1]

Diego Parente (Mar del Plata, 1975) es doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, docente de la Universidad Nacional de Mar del Plata e investigador asistente del Conicet. Es autor de *Márgenes del lenguaje* (Ediciones Suárez, 2002), editor de *La verdad a 24 cuadros por segundo. Estudios sobre el cine* (Ediciones Suárez, 2005), compilador de *Encrucijadas de la técnica. Ensayos sobre tecnología, sociedad y valores* (Edulp, 2007) y coeditor de *Decir el abismo. Lecturas de Heidegger y su obra de la década del treinta* (EUDEM, 2010). El libro que aquí se reseña, *Del órgano al artefacto*, deriva de su tesis doctoral, defendida en 2007.

Estos datos revelan que Parente, a pesar o quizás en razón de su juventud, ha publicado frondosamente como autor y también como compilador. Un examen de algunos de estos libros permite afirmar que no ha publicado simplemente “por publicar”, por exigencias del sistema científico y académico, sino que hay en ellos sustancia. Estos datos también revelan que durante la elaboración de su tesis, Parente exploró varias líneas temáticas y puntos de contacto de su investigación con otras corrientes de lo que se conoce hoy clásicamente como “la filosofía de la técnica”. Esto es particularmente visible en *Encrucijadas de la técnica*.

Es necesario comentar que Diego Parente, junto a Diego Lawler y Andrés Vaccari, están consolidando en la Argentina, desde hace por lo menos un lustro, un campo de reflexión sobre la filosofía de la técnica a través de diversas publicaciones y de coloquios en los que reúnen a investigadores procedentes de diversas universidades del país y de América Latina.

[1] Docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) e investigador asistente del Conicet con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Correo electrónico: <prodriguez@sociales.uba.ar>.

Esta actividad de Parente es fácilmente rastreable en *Del órgano al artefacto*, pues se trata de una obra clara, exhaustiva y actualizada, que dialoga con diversas corrientes de la filosofía de la técnica.

Para quien efectivamente quiera introducirse en esta disciplina, que nació hace poco más de un siglo y cuya consagración institucional tiene 50 años, fundamentalmente en el hemisferio norte, el libro de Parente es en algún punto insustituible. Hay dos grandes orientaciones clásicas de la filosofía de la técnica: la analítica, generalmente de inspiración anglosajona, que está consagrada al estudio de la agencia técnica, de la intencionalidad de los diseñadores, de la funcionalidad y la ontología de los artefactos; y la hermenéutica-fenomenológica, de Europa continental, que privilegia un análisis en términos culturalistas con un fuerte énfasis en la crítica a la sociedad moderna tal como fue perfilándose desde el siglo XIX. Para abordar estas orientaciones y señalar una posible superación de sus problemas, la arquitectura conceptual del libro se traza a partir de cuatro concepciones.

La primera de ellas es la concepción protésica de la técnica, ya trabajada por Parente en *Encrucijadas de la técnica*. Esta concepción responde a la interpretación habitual del mito griego de Prometeo, por la cual el hombre es alguien inmaduro biológicamente que compensa sus déficit a través de prótesis de todo tipo. En esta concepción se puede encontrar a filósofos clásicos como Kant o Herder, a nombres centrales de los inicios de la filosofía de la técnica como Ernst Kapp (siglo XIX) y autores del siglo XX como Marshall McLuhan, Lewis Mumford (aunque este último también pertenezca a otras orientaciones) o Arnold Gehlen, sin dudas el autor principal de esta concepción. La figura de la prótesis establece una relación estrecha entre el órgano y la herramienta y sugiere un conjunto de analogías entre la máquina y el organismo.

Las otras dos concepciones de la técnica corresponden a la clasificación que propuso Andrew Feenberg, uno de los autores más importantes de la filosofía contemporánea de la técnica: por un lado, la concepción instrumentalista, y por el otro la concepción sustantivista, que guarda muchas similitudes con otra clasificación clásica, la de Carl Mitcham, entre una filosofía de la técnica ingenieril y otra de las humanidades. La concepción instrumentalista es sostenida por muchos autores, pero sobre todo por el sentido común, y tiene puntos de contacto con la concepción protésica. Según esta corriente, la técnica es un conjunto de medios, modernamente provistos por la aplicación de la ciencia, cuyos fines ella no decide, por lo cual su carácter es neutral y su realidad heterónoma. La técnica no es otra cosa que un instrumento para solucionar problemas previos que se planteó el hombre.

Este punto de vista, naturalizado y sedimentado como evidente, es el que ataca la concepción sustantivista, que en cierto modo es responsable de la autonomización de la filosofía de la técnica como disciplina específica. Convergen en ella autores fundamentales de la filosofía hermenéutica y existencialista, como José Ortega y Gasset y Martin Heidegger, y del marxismo, como buena parte de la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Marcuse) y Jacques Ellul, entre otros. Es cierto que es Heidegger quien ejerció su influjo sobre los demás, y por ello Parente dedica a su obra una parte importante del capítulo sobre los sustantivistas, entre los cuales incluye a Langdon Winner, autor del fundamental *La ballena y el reactor*. La concepción sustantivista señala que la técnica no es neutral (tal como reza aquella ley de la tecnología enunciada por el historiador norteamericano Melvin Kranzberg: “La técnica no es buena ni mala, pero tampoco neutral”), y que ha adquirido suficiente autonomía respecto de las intenciones humanas como para transformarse en una fuerza, o en un sistema, en el que es la propia imagen del hombre la que se pone en juego. Gracias a esta postura ciertamente maximalista, la concepción sustantivista ha logrado desbaratar todo lo que se tiene por evidente acerca de la técnica.

Justamente, a la luz de la concepción sustantivista, las demás pecan en cierto modo de ingenuas. Y a pesar de que Parente intenta ser ecuánime en el examen de las limitaciones de cada una de las concepciones, la sustantivista es la mejor valorada. Según el autor, las concepciones protésica e instrumentalista quedan presas de la vieja noción aristotélica de los objetos técnicos como “esclavos inanimados”. En el caso particular de la concepción protésica, y si bien hay casos claros de proyección artificial de órganos (la grúa por el brazo, la computadora por el cerebro), hay muchos otros que señalan que la técnica crea mundos y lejos está de limitarse a proyectar lo orgánico que el hombre experimenta en su propia corporalidad. Esto también vale para la concepción instrumentalista, toda vez que no siempre está claro, en una invención técnica, a qué necesidad o presión responde; en muchos casos esa necesidad se construye retrospectivamente. Parente propone pensar a la técnica como *Lebensform*, como forma de vida (término tomado de Wittgenstein), lo que la transforma en una totalidad. Por lo demás, las concepciones protésica e instrumentalista pasan por alto la dimensión cultural de los artefactos y sistemas técnicos. Todo ello lo deja, justamente, cerca de la concepción sustantivista de la técnica.

Es en este punto donde el libro de Parente ya no se dirige solo a quienes desean conocer qué es la filosofía de la técnica, sino que interviene activa y agudamente en la discusión de los problemas de la disciplina. Uno de los puntos centrales es la desmitificación de la famosa “racionalidad

instrumental” que presidiría la era actual de la técnica. En los autores de la Escuela de Frankfurt, influidos decisivamente por Heidegger y Weber, la fuerza de la técnica moderna reside en haber entronizado los medios por encima de los fines. Si la técnica, como la acción en la obra de Weber, se caracteriza por la relación entre medios y fines, la racionalidad instrumental desequilibra el vínculo a favor de la definición de los medios según criterios de eficiencia que son, en última instancia, resultado de las formaciones sociales capitalistas. De allí que la crítica de la razón instrumental, tomando el título de una obra de Horkheimer, suponga un rechazo del instrumentalismo y una adhesión al sustantivismo.

A través de una discusión con Diego Lawler y con los filósofos españoles Jesús Vega Encabo y Fernando Broncano, Parente intenta desmontar este sentido común del sustantivismo, quizás tan congelado como el sentido común de la técnica que pretende combatir, y que parte de “una idea pobre” de racionalidad instrumental, según las palabras de Lawler y Miguel Quintanilla. De Vega, Parente asume como sugerente la definición de la racionalidad técnica como una cuestión de astucia, en la que el hombre debe operar en la contingencia de los medios disponibles en función de fines, que a su vez se redefinen por dicha contingencia, en un recorrido que incluye a los mitos griegos (el de Prometeo, desde ya, pero también el de Dédalo y el de Odiseo) y a Hegel y Marx en la famosa “astucia de la razón”. De Broncano, Parente rescata un señalamiento fundamental: siguiendo a Weber, que distinguía una acción racional con arreglo a valores de otra con arreglo a fines (del desplazamiento entre ambas depende, por ejemplo, el impulso que recibió el capitalismo de la ética protestante), es difícilmente pensable que la racionalidad instrumental excluya toda clase de valores, entre otras cosas, porque admite que los medios y los fines disponibles en cada momento histórico son diferentes, y en este caso el “desajuste” entre ambos supondría siempre alguna influencia de algo más que medios entronizados sobre fines siempre iguales.

De todos modos, Parente no está convencido de estas aperturas. Primero, porque la figura de la astucia permanece presa del esquema problema-solución, según el cual la racionalidad técnica consiste simplemente en la solución a un problema previamente dado que está fuera de lo artificial como tal, esto es, que es el hombre quien decide en todo momento los medios y los fines, con lo cual en el fondo se vuelve a caer en el instrumentalismo. Segundo, que haya valores en la razón instrumental no invalida que la denuncia del predominio de dicha razón apunte justamente a la ausencia de los mismos. Es como si se tratara de diálogos de sordos: unos plantean que ya no hay valores más allá de la eficiencia y otros, para refutarlos, dicen

que sí los hay, sin que se avance hacia una posición superadora que integre los argumentos de ambos, hasta ahora destinados a chocar sin cesar por anclarse en un modo de concebir la técnica asociado a una postura filosófica en particular. Tercero, para salir de estas aporías, Parente estima que hay que dar un salto en términos de imaginación: ya no estamos en los tiempos de Aristóteles, no hay hombre consagrado a una *poiesis* o una praxis artesanal, y los medios y los fines no comienzan con cada hombre concreto, sino que todos estamos inmersos en sistemas técnicos, de cada vez mayor complejidad y mayor interpenetración.

Dar este salto implica salir del campo semántico delimitado hasta ahora como “filosofía de la técnica”, buscar nuevos antecedentes para nuevas posiciones y abrirse a otras disciplinas. En este sentido, Parente sigue el camino del ya citado Feenberg, quien desde una reflexión estrictamente frankfurtiana, y recuperando el posicionamiento marxista acerca de la técnica que descuidaron Adorno y compañía, reelabora el problema de la técnica. Comienza por Gilbert Simondon, un filósofo francés contemporáneo de Heidegger que buscó constituir un sistema de pensamiento potente y peculiar, a la vez que rechaza los presupuestos de las concepciones prótesis, instrumentalista y sustantivista.

Al privilegiar la problemática de la técnica como *Lebensform*, como forma de vida, sin dudas Parente se apoya, como se dijo, en una concepción sustantivista. Pero al mismo tiempo, el sustantivismo no puede analizar el cambio histórico, convencido, como está, de que una vez que la técnica moderna se constituye como un “modo de desocultar provocante”, para usar términos heideggerianos, no ocurre nada más que su constante expansión. El repaso de las objeciones a las posiciones sustantivistas le sirve a Parente para observar algo que no por pertenecer al sentido común es menos cierto: la técnica moderna pasa por distintas etapas y los medios, los valores y los fines disponibles no siempre son los mismos, pues de lo contrario nada fundamental habría de diferente entre una máquina de vapor y una computadora, o entre un arado y un teléfono celular. Sostener que, de todos modos, ciertos criterios se mantienen en tanto sigue vigente la alianza entre ciencia, técnica y capitalismo, y que es preciso mantener esta actitud crítica, no debería implicar necesariamente la adhesión sin reservas a la tesis sustantivista.

Para sostener su argumentación, Parente realiza un juego de distancias y cercanías con las concepciones analizadas y dentro de él se hace visible su postura. La parte de verdad de la concepción protésica de la técnica, aquella que inquiere sobre la relación entre el órgano y la herramienta, es reformulada mediante la extensión de la instrumentalidad y la tecnicidad al

reino animal. Se trata de una operación fundamental, pues en la constitución misma de la filosofía de la técnica subyace la idea de que los fenómenos técnicos son lo propio del hombre, que no habría hombre sin técnica, y algunas controversias del campo se manifestaron en este terreno. A partir del examen de algunos hallazgos de la etología, la zoología y la paleontología, el autor propone una gradación de niveles de instrumentalidad en la que el hombre, sin dudas, ocupa un lugar privilegiado en tanto es capaz de diseñar y proyectar aquello que crea (como razona Marx en la famosa comparación entre la abeja y el arquitecto), pero la técnica en tanto tal ya no es lo que separa los reinos. De este modo, se pueden aceptar las tesis sobre la proyección tecnológica de los órganos sin que esto represente la única explicación de la aparición histórica de la técnica humana.

En lo que tiene que ver con el equilibrio que quiere establecer entre las concepciones instrumentalista y sustantivista de la técnica, Parente extrae del diseño como lo propiamente humano la necesidad de pensar la ontología de los artefactos, que supera el plano de la comparación entre el órgano y la herramienta. El diseño supone que el artefacto tiene una función para la que fue creado y, efectivamente, desde ese punto de vista, es posible juzgar si aporta una solución a un problema dado con anterioridad. La eficacia, la eficiencia, la factibilidad, la fiabilidad y la capacidad de control son valores internos de los artefactos que es inútil soslayar. Dicho de otro modo, el artefacto es en ciertos aspectos un instrumento, aunque Parente aclara enseguida que ello no significa postular su neutralidad, entre otras cosas, porque cada nuevo artefacto instala una panoplia de posibilidades: medios, fines, problemas y soluciones que no existían antes y que confirman que la técnica se constituye en medio ambiente de lo humano. Es mérito de la filosofía analítica de la técnica, según el autor, estudiar la ontología interna de los artefactos.

Ahora bien, cualquier artefacto útil responde, en su diseño, a criterios sociales amplios, desde lo estético a lo ético pasando por lo religioso, que no tienen que ver con la funcionalidad derivada de su carácter instrumental. Los artefactos en el mundo humano forman parte de una herencia cultural y a la vez, como se dijo, constituyen un mundo; razón de más, entonces, para incluir dentro del esquema problemas-soluciones la cuestión simbólica, generalmente ausente en la problemática de la funcionalidad. Ciertas zonas de la concepción sustantivista de la técnica, como la filosofía de Heidegger, enfatizan este aspecto simbólico de los artefactos aunque, una vez más, al atacar de plano a la concepción instrumentalista, no pueden ver el otro aspecto, el funcional. Podría decirse que cualquier herramienta o artefacto posee un sentido útil, otro estético y que, además, porta un

conjunto de huellas culturales que acelera la evolución de la técnica en el reino de lo humano en referencia a la evolución más lenta, atada a la biología, que caracteriza a todo ser vivo. Esta imagen de las dos evoluciones podría evocar la propuesta, tan famosa como polémica, del biólogo Richard Dawkins acerca de la existencia de “memes”, una suerte de “genes culturales”. Pero la evolución en el ámbito humano está atravesada por conflictos y los conflictos por relaciones de poder, por lo cual Parente alerta contra la naturalización abusiva de lo social, de este tipo de abordajes.

De esto se trata la concepción biocultural de la técnica propuesta por el autor: incorporar los aportes de las concepciones anteriores, que constituyen un muy buen diagrama de la filosofía de la técnica desde el siglo XIX hasta nuestros días, y fundamentalmente superar sus limitaciones y sus mutuos equilibrios mediante consideraciones de tipo social. En primer término, se trata de subrayar un cambio de marcos de referencia. Ya no corresponde hablar solo de objetos y artefactos técnicos, sino fundamentalmente de sistemas. Es preciso citar aquí al autor *in extenso*:

Tras la progresiva integración entre ciencia y técnica desde la modernidad y, especialmente, desde finales del siglo XIX, el fenómeno tecnológico adquiere gradualmente las cualidades de un “sistema”. Las técnicas se van encadenando unas con otras de manera tal que ya en muy pocas ocasiones una sola basta para satisfacer el fin. De este modo, la tecnología moderna ya no se manifiesta bajo la forma de aparatos aislados y separados sino —de modo cada vez más patente y acelerado— como parte de un todo sistémico. Indudablemente, la estructura de este nuevo ambiente artificial desafía y desestabiliza los vocabularios filosóficos que tematizan el problema. Entre ellos, el lenguaje del primer Heidegger se ve desbordado, incluso si pensamos en su idea de relacionalidad concerniente a la *Zeugganzheit*. El funcionamiento de los sistemas técnicos modernos no resulta traducible a los términos en los que Heidegger describe lo que ocurre dentro del taller del carpintero. En este ejemplo, basado en un modelo artesanal, el martillo remitía al clavo y a la madera señalando un todo de útiles dentro del cual se llevaba adelante una labor determinada. En los sistemas técnicos, en cambio, los nexos de remisión entre los diversos componentes están ocultos, o al menos desdibujados, por lo cual requieren ser reconstruidos. Las remisiones no se dan entre un útil y otro, sino entre instituciones o fuerzas exógenas no reductibles a las figuras “objetos” y “sujetos” propias de la tradición filosófica moderna. De tal manera, el reconocimiento de la interrelación y dependencia recíproca entre los distintos elementos del sistema conduce a reconsiderar el léxico utilizado para su análisis, más precisamente a discutir

las implicaciones de la figura tradicional del objeto técnico como instrumento heterónimo descontextualizado. Al mismo tiempo, obliga a dudar de la adecuación de las concepciones protésica e instrumentalista en cuanto ellas permanecen todavía atadas a dicha imagen (Parente, 2010: 231).

Claro que Parente no es el primero en desarrollar el problema del “sistema técnico”. Se encuentra ya en Jacques Ellul, quien formula este mismo concepto; en Simondon, cuando distingue elementos, individuos y conjuntos técnicos (donde los conjuntos integran a los individuos y los individuos a los elementos); en Hans Jonas, un continuador de Heidegger, cuando afirma que la técnica moderna ya no es, como antes del siglo XIX, una posesión ni un estado, sino una empresa y un proceso; y en la teoría de los sistemas tecnológicos del historiador norteamericano Thomas Hughes, autor del clásico *Networks of Power: Electrification in Western Society (1880-1930)*. En la mayoría de estos casos se trata de autores clásicos de la filosofía de la técnica, con lo cual Parente nos entrega implícitamente una certeza: que esta disciplina admitió desde hace tiempo que el atomismo de los sujetos y de los objetos con sus medios y sus fines delimitados no es un punto de vista adecuado para analizar la técnica moderna, y sin embargo, como afirma el autor, muchas veces el vocabulario y el imaginario disponible van a contrapelo de esta certeza.

En segundo lugar, es importante destacar que los sistemas técnicos, además de su carácter relacional, son híbridos de naturaleza y de cultura, de sociedad y de artificio, tal como lo demuestra en nuestros días el pensamiento de Bruno Latour. Como en el caso de la extensión de la tecnicidad a los animales, aquí también se produce un desdibujamiento de la figura del hombre como sujeto (concepción protésica e instrumentalista) o como objeto (concepción sustantivista) de la técnica. Hay en la visión de Latour cuasi-objetos que son un mixto de subjetividad y objetividad, particularmente evidentes en la biotecnología y la medicina actuales: animales clonados, organismos genéticamente modificados, órganos trasplantados, tejidos injertados, embriones congelados, etcétera. En estos casos se trata de una vida no remitida a la idea de naturaleza, sino absolutamente imbricada con la técnica, y en la que el hombre está alternativamente como sujeto y objeto, con lo cual ya no es la referencia obligada y exclusiva de las concepciones descritas, aunque cada una de ellas pueda interpretarlo así –por ejemplo, un sustantivista podría decir que se trata de la tecnificación de la vida y que es una prueba más del avance incontenible de la técnica que hace del hombre otro objeto más.

Parente concluye así en la integración a la reflexión filosófica de los alcances de los estudios sociales de la tecnología: el constructivismo social

de Trevor Pinch y Wiebe Bijker, la teoría del actor-red de Latour y Michel Callon y la ya citada teoría de los sistemas tecnológicos de Hughes. La referencia a las determinaciones sociales, más que a las humanas y técnicas, permite superar las dificultades para separar lo humano y lo artificial que se observan en el abordaje filosófico de la técnica. Lo social entendido como “entramado” (Pinch) integra lo cultural y lo artificial, sumándole lo político que había sido desarrollado ya por Langdon Winner, aunque dentro de un marco predominantemente sustantivista. Pero esta serie de ventajas es interrumpida por una advertencia: la reducción a lo social de aspectos que efectivamente dependen de una indagación filosófica. La construcción social de los fenómenos técnicos, dice Parente, no debería ocultar que la técnica es una realidad específica de lo humano y que el vocabulario de las ciencias sociales también puede revelarse, al igual que el de la filosofía, como insuficiente en la medida en que desdibuja la realidad misma de la técnica. Se trata de la búsqueda de un nuevo equilibrio, superador de los antiguos (instrumentalismo-sustantivismo), que Parente deja más bien como un horizonte para trabajos futuros.

En realidad, de aquí en adelante es posible esperar nuevos equilibrios, pero también podría tratarse de la cercanía de un precipicio en el que podría caer la misma filosofía de la técnica. No sería descabellado que eso ocurriera si se le da crédito a la propuesta más osada de Latour: suspender la referencia a lo social, afirmar que la sociedad no existe, que no explica nada (como hace en su reciente *Reensamblar lo social*) y abogar por una vuelta a teorías olvidadas, entre ellas la de Gabriel Tarde y casualmente la del propio Simondon, ambos recuperados por la filosofía de Gilles Deleuze. La técnica podría desintegrarse como categoría al igual que la sociedad. Hay que recordar que la filosofía de la técnica nació en el siglo XIX como un intento de delimitar los fenómenos técnicos del resto de los fenómenos naturales, sociales, culturales y políticos, y que la dignidad de la técnica como objeto de estudio podría evaporarse si tales demarcaciones perdieran sentido. Las aperturas que propone Parente van también en ese mismo sentido, más allá de que sea difícil, para él y para todos aquel interesado en este campo de estudios, admitir esta posibilidad.

En estas aperturas, en estos nuevos equilibrios que también son abismos, se halla la fecundidad del trabajo de Parente.